

CUANDO LOS TRADUCTORES DESEAN SER TRAIADORES

Alicia YLLERA
U.N.E.D.

Lo que se pretende

El objeto de esta comunicación es analizar los prólogos (y dedicatorias)¹ escritos por los traductores franceses de obras novelescas españolas de los siglos XVI y XVII, buscando en ellos sus teorías sobre la traducción y su actitud ante la literatura que traducen.

Aunque algunos traductores (o autores) destacan la inutilidad del prólogo, prefacio o aviso al lector, pues nada puede hacerse para ganar la benevolencia del lector o evitar las críticas de los envidiosos,² la verdad es que la inmensa mayoría de las traducciones presentan un prólogo e incluso una dedicatoria del traductor.³ Curiosamente, cuando el traductor incluye una dedicatoria y un prólogo compuesto por él mismo, en cierto modo se considera "autor", considera su traducción como una "creación" personal y esto no lleva a la teoría de la traducción literaria de la época. No hay que olvidar que, en ocasiones, se omite en la portada el nombre del autor mientras que figura el del traductor, como ocurre en *Les Amours de Persiles, et de Sigismonde. Sous les noms de Periandre, & d'Auristele. Histoire septentrionale. Traduite par le sieur Davdigvier* o en el *Traité de*

(1) Puesto que estas, en ocasiones, contienen un gran número de alusiones análogas a las de los prólogos.

(2) Así, Gabriel Bremond, en el prefacio a su traducción del *Guzmán* (1696), nos dice: "Elles (les préfaces) ne servent le plus souvent qu'a grossir le volume. En un mot. C'est du papier perdu; & du temps encore plus mal employé..." Del mismo modo que en las restantes citas, respetamos la grafía de las versiones citadas. Cf. también el prólogo de Garouville (1671).

(3) En algún caso se declara que no se compone para ganarse las simpatías del lector sino para explicar algunos aspectos de la obra ("Préface" de Le Sage, [Rojas, Lope de Vega], 1700).

la *Conversion de la Magdeleine*, traducida por el mismo Vital d'Audiguier.⁴

Se consideran principalmente las traducciones novelescas desde finales del siglo XVI a las primeras décadas del XVIII, con algunas alusiones a textos anteriores, a traducciones españolas no-novelescas o a traducciones latinas, italianas o inglesas, utilizadas estas últimas como mera referencia comparativa.⁵

La elección de la novela se debe a la abundancia de textos traducidos y a la influencia ejercida sobre la narrativa francesa, desde la segunda mitad del siglo XVI hasta las primeras décadas del siglo XVIII, puesto que la ficción española conserva su prestigio durante la primera mitad del siglo filosófico, como puede apreciarse por las listas publicadas por Jones,⁶ hasta que predomina la influencia de la novela inglesa a partir de 1750. Durante unos años, son también numerosas las adaptaciones de obras dramáticas, pero el teatro presenta unas características peculiares, ya que el texto escrito reviste entonces, como en algunas teorías del siglo XX, un carácter muy secundario respecto a la representación y la libertad del adaptador ha sido considerable en todas las épocas.

No comparto la opinión de los que excluyen las traducciones de la historia literaria de un país. La historia de la traducción es la historia de los gustos y preferencias de un país y, en un momento dado, coexisten obras originales y traducciones. Prescindir de las traducciones nos lleva a veces a interpretaciones erróneas.

Traducir es interpretar

Las traducciones del siglo XVII (sean de obras clásicas o de lenguas modernas) gozan de mala prensa: son infieles y se permiten todo tipo de libertades con el texto que traducen. Pero intentemos ver cuál es el ideal de traducción de la época, partiendo de las declaraciones de los propios traductores.

(4) Sin embargo el nombre de Cervantes aparece en el "Avertissement" pues era sinónimo de éxito, mientras que en balde buscaríamos el de Malón de Chaide al frente de su obra. Por otra parte, numerosos traductores no firman sus traducciones.

(5) Hainsworth (1933: 44-45), Cioranescu (1983: 175-182), etc. han estudiado los traductores de obras españolas en esta época, por lo que atenderemos únicamente a sus declaraciones y a su concepción de la traducción y de la literatura española. Acerca de su situación, Péligny (1975).

(6) Prescindiendo de traducciones, Jones (1939: XXIII-XXIV) señala que, durante el periodo de 1700 a 1750, treinta y dos obras de ficción se llaman *nouvelle* o *histoire espagnole*; otras presentan situaciones o personajes españoles o bien son adaptaciones o imitaciones o se dicen traducidas del español (sea cierto o no), mientras que *italiana* figura en el subtítulo de diez obras e *inglesa* en el de trece; es a partir de 1750 cuando se concede mayor atención a la novela inglesa.

Desde la segunda mitad del siglo XVI se considera, en Francia, a la traducción como un *género*, aunque de menor dignidad que los géneros clásicos. Etienne Dolet publica en 1540 la *Mani re de bien traduire d'une langue   autre*. Pero la Pléyade la desprecia y Du Bellay condena las traducciones poéticas, por lo que a lo largo de los siglos XVI y XVII se suceden períodos de mayor o menor consideración de la traducción, es decir de mayor o menor prestigio de Amyot (Zuber, 1968: 19-37).

Si el prestigio de la traducción de obras clásicas es en esta época incierto, no es de extrañar que la traducción de otras lenguas vernáculas no suscite grandes entusiasmos y que el traductor lamente la escasa fama que le reporta su esfuerzo. En líneas generales, podemos decir que los traductores se mueven entre la concepción desalentadora de la traducción como "labeur mis rable, ingrat et esclave" (como decía Étienne Pasquier en 1594 [Zuber, 1968: 24]) o los intentos minoritarios de dignificarla apelando al ejemplo de san Jerónimo.

En general, nuestros traductores piensan que la traducción —sobre todo de lenguas modernas— es "vn labeur ingrat" ("Au lecteur" de A. Remy, *Diana* de Montemayor [1624]), es el oficio "le plus p nible et le plus ingrat de tous" (G. Bremond, *Guzmán* de M. Alemán [1696]), incluso cuando se traducen obras religiosas, que gozan de mayor prestigio que la vilipendiada novela (Girard, "Au lecteur", *La guide des P cheurs* de Fr. Luis de Granada [1658]). Para un espíritu ambicioso, es tiempo perdido y trabajo vil, como dice el orgulloso Chapelain en el prólogo a su traducción de la primera parte del Guzmán:

"Traduire est une chose vile, & la traduction en ceux qui la professent presuppose vne bassesse de courage & un reuacement d'esprit. Les genereux en desdaignent l'exercice, & rarement a-t'on veu d'esprit n    de grandes choses, l'embrasser que par passe-temps, non plus que d'ouurage traduit, auoir ou longue ou fameuse vie".

Además, no había traducciones en la Antigüedad. No da gloria incluso si es buena; el honor corresponde siempre al primer autor (G. Bremond, *Guzmán*, 1696). Por eso, Chapelain prefiere no firmar su traducción, coincidiendo en el anonimato con otros traductores menos seguros de sí mismos, que lo mantienen para evitar las cr ticas⁷ o bien por humildad.⁸ La traducción proporciona poco provecho y es difícil.⁹

(7) Como el traductor anónimo de la versión de las *Guerras civiles de Granada* de Pérez de Hita, publicada en 1608.

(8) Como en la traducción de 1655 de las obras de Quevedo.

(9) Nicolas Cotin, por ejemplo, destaca su dificultad (*Diana* de Montemayor [1578]).